THE HORUS HERESY®



KHÂRN:
THE EIGHTFOLD PATH

An audio drama by Anthony Reynolds



LA HEREJÍA DE HORUS

KHÂRN EL CAMINO ÓCTUPLE

ANTONY REYNOLDS

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

La Legión de los Devoradores de Mundos

KHÂRN	Capitán de 8ª compañía y Palafrenero de los Devoradores de Mundos
VURROK	Guardián de Angron, de los Devoradores de Mundos

Permanezco en pie, esperando. Sostengo lánguidamente un hacha de duelo en mis manos. No es *Hijo de sangre*: la finalidad de ese monstruo rugiente es sólo la matanza pura. El reto no es *sanguis extremis*. El arma está sujeta a mi muñeca por medio de una cadena, en honor a los gladiadores desheanos. He visto sus huesos, he caminado por el lugar de sus muertes, he llevado la venganza de Angron sobre sus asesinos. Nunca he llegado a conocerlos, y aun así sus muertes han dado forma a eso en lo que nos estamos convirtiendo. Somos esclavos de su memoria.
—Primera sangre.

Vurrok está desnudo de cintura para arriba al igual que yo. Su musculoso torso está cruzado de las marcas de viejas heridas, cicatrices sobre cicatrices, todas ellas en el frente: nunca le ha dado la espalda a un enemigo, no es un cobarde.

—Primera sangre.

Está decepcionado, puedo verlo en sus ojos. Pero asiente: la legión ha sangrado suficiente. Ya ha habido demasiadas muertes en los pozos desde el cambio de Angron, desde su… *ascensión*. Esa es al menos la palabra que su hermano Lorgar empleó para describirlo. Y como siempre que Angron ha cambiado, así lo han hecho sus hijos.
El círculo de espectadores es una muralla de ruido, gruñen como animales hambrientos, deseosos de ver sangre: los clavos del carnicero nos lo exigen a todos. Los noto presionar en la carne blanda de mi mente, chirriando, retorciéndose contra mis receptores del dolor. Cada vez es peor; incluso en los momentos de relativa serenidad se hacen notar, taladrando mi cerebro, sus tornillos girando, sus puntas hundiéndose. La camaradería de mis hermanos devoradores de mundos no puede arrancarme una sonrisa, la comida sabe a cenizas: no hay satisfacción en nada que no sea matar, sajar arterias, tajar carne, arrancar cráneos. Eso es lo que los clavos quieren de mí.

He estado eludiendo la compañía de mis hermanos en las últimas semanas. He estado caminando solo por las cubiertas del *Conquistador* asediado por pensamientos oscuros, recorriendo los corredores compulsivamente, como a la espera de que el mero acto de andar kilómetros y kilómetros fuera a proporcionarme una súbita revelación, alguna dirección, alguna… ¿esperanza?
No tenía intención de venir aquí esta noche. Quizá son los clavos los que me han arrastrado hasta los pozos. Pero una vez que he escuchado los cantos de sirena de

las hojas entrechocando y hundiéndose en la carne no he sido capaz de alejarme de allí. La promesa de un momento de alivio del dolor incesante que roe mi córtex esta noche era irresistible. Los clavos quieren que luche otra vez.

No he estado aquí desde que humillé a Erebus. Ese sucio cobarde me negó su muerte, y los clavos me han estado castigando por ello. Pero ahora ya estoy aquí, y sólo por ello su presión ha disminuido.

Vurrok se sitúa en el lado opuesto del círculo. Va a luchar con su armamento usual: dos largas hojas curvadas. Espadas contra hacha: una lucha así no suele durar mucho.

Ataco: es la única estrategia que conozco. Mi movimiento lo toma por sorpresa y casi es suficiente para acabar con el enfrentamiento en el primer aliento, pero Vurrok se recupera rápidamente.

Ambos bailamos al son de los clavos, y la suya es una fea melodía; pocos son ya los que luchan con elegancia en esta legión. Bloqueo una hoja dirigida a mi garganta, lo que me obliga a esquivar a un lado a su gemela que traza un arco bajo que a punto está de eviscerarme. Alejo a Vurrok con una patada que le acierta de pleno en el plexo solar. Retrocede tambaleándose. Dejo que se recupere mientras giro la muñeca y dejo que el hacha trace círculos. Ruge cuando de nuevo se lanza hacia mí. Lo recibo embistiéndolo a mi vez.

Vurrok es uno de los Devoradores, uno de los guardianes de Angron. Por supuesto, el primarca nunca necesitó una guardia personal antes. Y ahora… encadenado y contenido en una de las cubiertas inferiores, la mera idea de que necesita alguna protección es irrisoria. Ahora los Devoradores son poco más que sus carceleros, una tarea innoble para los que debían haber sido la élite de la legión.

Bloquear. Golpear. Fintar. Golpear otra vez. Esto no es real. Estas peleas no son más que distracciones con las que aliviar el dolor hasta que la auténtica batalla vuelva a reclamarnos y la legión se desate de nuevo… aunque la idea de liberar a Angron de su cautiverio no es muy seductora.

¿Y qué hay de nosotros, sus hijos? ¿Estamos condenados al mismo final? ¿A sangrar lo que nos queda de humanidad hasta convertirnos en poco más que lunáticos encadenados?

Los calvos me castigan en cuanto notan que mi nivel de agresividad desciende. Me apuñalan el cerebro, cegándome con un blanco estallido de agonía. Vurrok casi me vence en este instante: en mi distracción sólo consigo esquivar la estocada de sus hojas por unos milímetros. Puedo sentir su frustración: quería probarse a sí mismo frente al guerrero que derrotó al Apóstol Oscuro. Pero aquello fue diferente: aquel combate fue auténtico. Esto no es más que una charada. Una de sus hojas se desliza sobre la empuñadura de mi hacha y a punto está de herirme los nudillos: eso habría sido primera sangre. Un resultado así habría hecho reír a Argel Tal.

Quizá sean los instantes que dura el recuerdo de mi viejo amigo lo que provoca que reciba el puñetazo que Vurrok me propina con el dorso de su puño y que me arroja sobre la cubierta. Algo gotea sobre mi mano. ¿Sangre? ¿Tan fuerte ha sido el golpe que me ha desfigurado aunque apenas lo notara? No. Ambos alzamos la vista, nuestra lucha olvidada: es el techo el que está sangrando. Otra gota me golpea, y después otra. Rezuma sobre las paredes. Y entonces oigo el rugido de Angron. Ha estado gritando durante semanas, pero esto es diferente. Acalla a la multitud. Ese sonido asciende por la parrilla metálica del suelo de la cubierta y hace vibrar su estructura de acero, hace que las paredes tiemblen, hace crepitar los altavoces desconectados: es suficiente para distorsionar la realidad misma.

Los corazones comienzan a palpitarme sincronizados con un latido en mis sienes que se confunde con el aullido de Angron, que crece en la intensidad con su voz en un terrible crescendo. Mis dedos aprietan con más fuerza la empuñadura del hacha: ese rugido se extiende hasta mis labios, el latido oblitera todo lo demás. Sé lo que viene a continuación, pero no puedo evitarlo. Ocurre más rápido de lo que nunca lo ha hecho, apenas tengo tiempo de coger una bocanada de aire. Me golpea y me arrastra como una ola y en un momento me estoy ahogando. Sujeto el hacha con ambas manos, me pongo en pie… y todo se vuelve rojo.

Un momento de silencio, no sé cuanto dura.

El hedor de la sangre es lo primero que percibo. Lo segundo es el rugido. No el de Angron: el primarca demoníaco parece guardar silencio. No, es el rugido de la multitud, igual de ensordecedor. Mi vista vuelve lentamente, la neblina rojiza se disipa para revelarme el resultado de una matanza.

La sangre me cubre las manos y los antebrazos hasta los codos, gotea de mi hacha. Tengo sangre también en la boca, y se extiende por mis labios y mis mejillas. Y no es la mía. Miro la masacre que he llevado a cabo: de Vurrok no queda más que una ruina de cuerpo, la obra de un psicópata. La masa brama su aprobación. Me enferma. Quiero alejarme de allí, alejarme de los gritos y de la peste a matadero.

Una figura se adelanta de entre las demás. Mis ojos no logran enfocarla, pero aún así el deseo de hundir mi hacha en su cara hace que los dedos se me crispen.

—Vurrok era uno de los Devoradores, Khârn. Por derecho ahora su lugar te pertenece.

Esas palabras me hacer reír, mis carcajadas surgen como una serie de toses sanguinolentas. Dejo caer el hacha, que golpea el suelo con un ruido seco. Me sacudo la sangre de las manos y los brazos. Miro a mi alrededor como un soñador sacado de un profundo sopor. La furia de la multitud, su ira y su sed de sangre, me sacuden como una onda física. Estos son mis hermanos de batalla. Ésta es mi legión.

Ya no seguimos la Senda Carmesí, eso ahora lo veo con claridad. Estamos siguiendo otro sendero totalmente diferente, uno mucho más oscuro, uno que creía que no era más que otro sinsentido supersticioso, otro delirio religioso de la XVII Legión. No lo era, por desgracia no lo era.

Estamos recorriendo el Camino Óctuple. Y ya no hay vuelta atrás.

FIN DEL RELATO